

24.- Lino López Ruiz
Sacerdote (1880-1936)

Nació en Santa Gadea de Alfoz, provincia de Burgos, el 5 de septiembre de 1880, siendo bautizado ese mismo día en la parroquia de San Andrés Apóstol de su pueblo. Tuvo dos tíos sacerdotes, uno por parte de padre y otro por parte de madre.

Con cuatro años de edad, falleció su padre. Y su madre, viuda con cuatro hijos, se acogió a la ayuda de su hermano, que estaba de párroco en Malataja. Desde entonces, este sacerdote se unió más a la familia de su hermana y, en especial, al sobrino más pequeño, Lino, que se llamaba como él. Le orientó al sacerdocio, le costeó los estudios y le atendió también con una ayuda espiritual que continuó después de la ordenación sacerdotal.

El Siervo de Dios recibió el sacramento de la confirmación el 26 de julio de 1884 en el Santuario de Nuestra Señora de Montesclaros (Cantabria).

Los estudios de filosofía y teología los cursó en el Seminario San Jerónimo de Burgos. Tenía una vocación firme al sacerdocio, una entrega generosa al servicio de la Iglesia y un trato afable y servicial. Todas las órdenes sagradas las recibió en Burgos; entre ellas, el diaconado, el 19 de diciembre de 1903, y el presbiterado el 28 de abril de 1904. Poco después, cantó su primera Misa en Malataja.

Inició su ministerio sacerdotal en la parroquia de Las Torres (Burgos), como ecónomo. Estando en ella, le propusieron la capellanía del penal de El Dueso (Cantabria), a donde partió en 1909. Estuvo un año escaso, porque enfermó a causa del clima húmedo. Volvió a Las Torres, y siguió trabajando como antes, además de comenzar a asistir a las Hijas de la Caridad de San Vicente de Paúl como confesor de la comunidad.

Dejó parroquias buenas a las que podía aspirar para optar por la de Aldea de Ebro, para estar cerca de Malataja y poder ayudar, por proximidad, a su tío, Lino Fernández, que seguía de párroco en este pueblo. En ambas parroquias actuó con entrega en la atención material de la Iglesia y de la casa rectoral. Su carácter comunicativo

y bondadoso lo acercaba a los fieles. Cuidaba mucho la práctica religiosa, la catequesis, las devociones populares; participaba en tertulias con sus feligreses en las largas tardes-noches de invierno, teniendo su casa abierta a todos y visitando las de los demás; participaba en los juegos populares; y se dedicaba a trabajos de carpintería en beneficio del mobiliario de la Iglesia y de la casa rectoral, así como de los feligreses que se lo pedían. Levantó una casa rectoral en Aldea de Ebro, y formó a algún feligrés interesado en el oficio de la carpintería. La caridad con los pobres y la atención a los enfermos fueron notas muy marcadas de su ministerio, ya que dio de comer a muchos necesitados, y llegó a acoger a dos enfermos sin techo que murieron en su propia casa.

Al inicio de la guerra, nada cambió en el pueblo. El Siervo de Dios siguió actuando como párroco. Se sentía seguro, a pesar de que las noticias que llegaban de fuera empezaban a ser alarmantes. El sacerdote de Las Rozas, y algún otro, que estaban amenazados, se refugiaron en su casa, donde hicieron vida normal, celebrando la Misa en la iglesia. En el mes de agosto, llegaron al pueblo desde Reinosa y Las Rozas, para hacer algún registro en busca de armas. Los sacerdotes refugiados, sintiéndose amenazados, huyeron a los pueblos cercanos de la provincia de Burgos que estaban bajo el dominio de la zona nacional. Pero el Siervo de Dios no quiso hacerlo, por no abandonar a sus feligreses, y ver la necesidad de su presencia en el pueblo.

El día 16 de agosto de 1936 llegaron a Aldea de Ebro los padres Germán Caballero y José Menéndez, dominicos del Santuario de Nuestra Señora de Montesclaros, huyendo de la persecución. El Siervo de Dios, que los conocía y tenía mucha relación con ellos, les acogió en su casa, donde estuvieron hasta el 29 de agosto, fecha en la que unos milicianos de Reinosa fueron a buscar a los dos religiosos, y se llevaron con ellos al Siervo de Dios. A los tres los tuvieron presos en el Santuario de Montesclaros, en el último piso de la hospedería, junto con un hermano de obediencia que tenía 80 años de edad y estaba enfermo. El 3 de octubre, los cuatro fueron trasladados a la cárcel de Reinosa, donde convivieron con

otros religiosos de Montesclaros. El 21 de octubre, el Siervo de Dios y los dominicos fueron sacados de la cárcel de Reinosa y llevados al Monte Saja, donde fueron ejecutados y enterrados en una fosa común.

Después de ser liberada la provincia de Santander por las tropas nacionales, los restos de los enterrados en Monte Saja fueron exhumados, e identificados la mayoría de ellos. A continuación, fueron inhumados en un panteón en el cementerio de Reinosa.

Tenía 56 años cuando fue asesinado.